

## EDITORIAL

MIRADA RETROSPECTIVA.

III

Notabilísimo es, por todos conceptos, el informe emitido por la Administración de la Aduana de Manila, en 1.º de junio de 1882, en el expediente instruido para plantear en estas Islas, las leyes generales de Aduanas, dictadas en 1820, por las cortes del Reino, para nivelar esa renta en toda la monarquía, y á que el Consulado de comercio de esta plaza, opuso respetuosa opinión en contra por estimarlas inaplicables á este Archipiélago.

Si no temieramos causar una prolija molestia á nuestros lectores, insertaríamos íntegro ahora ese informe, pero á evitar tal proceder, no menos que en el deseo de limitar en lo posible nuestra presente tarea, haremos un sucinto extracto de los puntos más salientes y principales, que en ese notable documento se contienen.

Principia, como era natural, por presentar una exacta descripción de lo que fueron esas islas en los dos primeros siglos de nuestra administración, sobre todo en industria y comercio, señalando como único en este último, el de la Nao de Acapulco, y en seguida dice:

«Así han yacido lánguidas, pobres y desconocidas las Islas más fértiles del globo, sin que la Compañía creada para su fomento lo hubiese podido conseguir, á pesar de las tentativas y sacrificios hechos al principio en favor del cultivo de la pimienta, cañela, nido, añil y algodón. Les faltaba libertad de comercio, sin ella todo era vano; consiguiéronla en fin por la franca apertura del puerto de Manila á las naciones europeas, y desde esta época afortunada comenzó á mudarse su triste aspecto. Los campos uniformes de arroz y maíz se vieron variar, y la caña dulce ocupó muchas tierras y millares de brazos en reducirla á azúcar, que se estrajo al momento, y que forma hoy el artículo principal de exportación: las siembras de café se multiplicaron, y se multiplican sin poder llenar los pedidos; el añil, el algodón, el abacá, el palo de tinte, todo se fomenta con admirable rapidez, porque todo se extrae con ventajas del agricultor, del artista y del comerciante, que recibe en cambio, por precios cómodos, géneros y efectos de primera necesidad, algunos de lujo y conveniencia, y la plata y el oro, que no viene de Nueva España por sus revoluciones políticas.»

Estimando en su justo valor, esta naciente prosperidad, que hacía presentir un aumento importantísimo para el porvenir, combatió en ese informe, con muy prudentes razones el planteamiento de las nuevas tarifas arancelarias que acompañaban al plan de nivelación aduanera, decretado por las cortes del Reino en 1820, que ya hemos citado en el comienzo de estas líneas, añadiendo á tan juiciosas apreciaciones, estas otras, profundamente filosóficas y económicas:

«La industria naciente de Filipinas, clama por libertad, por una libertad bien entendida, y todo cuanto se dirija á turbarla, ahuyentando los extranje-

ros que hacen la exportación de frutos, debe contemplarse funesto, pernicioso y capaz de volverlas á sumergir en el abismo de donde apenas han salido.»

Nada más cierto, en efecto, que el presagio de semejante raciocinio: en la espontaneidad de los cambios, en las libres transacciones está más que en nada el desarrollo y progresos de las riquezas de todos los países, porque nada como esa corriente de intereses conducida por vehículo tan seguro y eficaz como el comercio, es capaz de transformar las comarcas más separadas de la tierra de yermas en fecundas, de escasas en abundantes, de oscuras en ilustradas, pues el comercio lleva consigo, no tan solo la abundancia y la satisfacción de las necesidades más pequeñas, sino las leyes, costumbres y civilización de otros parages, de otros pueblos que ya son más cultos.

No pueda negarse ni desconocerse, que si aquí se hubiese implantado la libertad de comercio desde nuestros primeros pasos hacia la cultura de estas regiones, la metamorfosis se hubiese operado rápidamente, y hoy sería por todo extremo completa la civilización que registrarían.

Aún hay más: ¿puede ser otra bien distinta su situación política y económica, aprovecharía notablemente la existencia real y efectiva de esa libertad de comercio, pues ella nunca daña ni está de sobra en parte alguna: tal es su benéfico influjo siempre.

El informe á que venimos haciendo referencia, señala con acertado juicio, el momento en que aquí se han presentado y sentido nuevas necesidades que satisfacer, ora por la transformación de costumbres operada por los sucesos aquí ocurridos en 1762, ya por el impulso dado á la navegación del exterior por el cabo de Buena Esperanza, con las expediciones de nuestros buques de guerra, el navio *Buen Consejo*, y las fragatas *Venus*, *Rosa*, *Palas*, *Juno*, *Asuncion* y otras despachadas desde Cádiz de 1764 y años siguientes hasta el de 1781, bien, en fin, por la creación en 1783 de la famosa *Compañía de Filipinas*.

Limitado y especial y todo, como era, ese desarrollo mercantil, «hubo de resultar, dice el informe, marcados adelantos en la agricultura, en las demás industrias, y en la contratación en general»; era lógica tal consecuencia.

Continuaremos la tarea en otro artículo.

LA CONSAGRACION DE UN NUEVO OBIPO, EL ILMO. Y RMO. SR. D. FR. LEANDRO ARRUE, AGUSTINO DESCALZO.

Entre las sagradas ceremonias que la Iglesia Católica usa en su liturgia, una de las más imponentes y serias es la que se refiere á la Consagración de los Pastores de la grey cristiana.

La presente reseña que á vuela pluma vamos á hacer de la Consagración del Ilustrísimo y Rmo. Sr. Arrué verificada el día 30 próximo pasado, y á la que asistimos merced á la fina y cortés invitación con que nos honraron los PP. Recoletos, evidenciará la exactitud del aserto que dejamos insinuado en las primeras líneas.

Preparado todo convenientemente y decorada la Iglesia del convento de Recoletos con sus mejores galas, á las siete próximamente dióse la primera señal para el acto

solemne que iba á realizarse, con el sonido dulce para el oído cristiano, de las magníficas campanas fundidas recientemente para que sirviesen ese día. Llevado ese sonido en alas del viento y sirviendo á modo de mensajero de la festividad, en breve una afluencia numerosa de fieles invadía las naves del templo anhelante de presenciar el acto religioso. A medida que se aproximaba la hora de incoar la ceremonia sagrada, iban acudiendo multitud de señoras y caballeros españoles correspondiendo á la invitación previamente recibida.

Serían las 8 menos cinco minutos cuando entraba en el templo el Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo de Manila, que venía á desempeñar las funciones de su elevado ministerio y á quien, según el ceremonial de la orden Recoletana, esperaba en la puerta de la Iglesia la respetable comunidad para acompañar hasta el presbiterio á S. E. I.

Minutos despues, los batidores de la escolta anunciaba la llegada del Excmo. Sr. Capitán general Vice-Real Patrono de las Islas D. Emilio Ferrero quien, apeado de la carroza y recibido en el atrio por los religiosos, fué acompañado hasta el lugar de preferencia que se le tenía prefijado. Venía á honrar con su presencia la sagrada ceremonia, á la par que para ser padrino del nuevo Obispo, aceptando benévolo la invitación que se le hiciera. Acompañaban á S. E. los Excelentísimos señores Brigadieres de Ingenieros, de Estado Mayor y de Artillería, amén de otros oficiales de nuestro valiente ejército. También formaba la columna de honor el zaguete de Alabarderos, y previamente á la llegada del General, ocupaban el atrio formadas en filas dos compañías de uno de los regimientos.

Sucesivamente fueron entrando en el templo multitud de invitados, cuyo catálogo no hacemos por temor de ser prolijos y á la vez de omitir algún nombre, siquiera sea involuntariamente; baste decir, que estaban representadas todas las clases, por comisiones nombradas al efecto.

La madrina del consagrado fué la simpática y piadosa señora del Excmo. Señor Segundo Cabo don Emilio Molins, la que dando ejemplo de devoción cristiana, permaneció de rodillas la mayor parte del larguísimo acto.

Hecha la postrer señal y reunidos los Rmos. Sres. Arzobispo Consagrante Excelentísimo é Ilmo. Sr. D. Pedro Payo y como Asistentes los Rmos. Sres. D. Fr. Bernabé Cezon Obispo dimisionario del Tonkin y D. Fr. Mariano Cuartero, Obispo de Vigan, inmediatamente dióse principio á tan imponente acto.

La presencia de personajes tan respetables auguraba ya la brillantez y seriedad de la ceremonia que iba á verificarse.

Grandioso espectáculo y en alto grado conmovedor presentaba el presbiterio é Iglesia: en aquel lujosamente adornado, ofreciase á la vista del espectador un magnífico sitial colocado al lado del Evangelio para el Prelado Consagrante, cubierto con un bello dosel de vistoso y rico damasco: no lejos había preciosos sillones destinados á los Prelados Asistentes y para el Consagrado. A la parte de la Epístola había preparado otro hermoso sillón en lugar preferente que debía ocupar durante la ceremonia el Excmo. Sr. Don Emilio Ferrero, padrino del nuevo Prelado.

En el centro de la Iglesia había colocadas líneas de sillas á las que seguían dos bancos bien preparados, uno para la Excelentísima Audiencia, y el otro para el Excelentísimo Ayuntamiento de Manila y demás Autoridades superiores.

Por más que todo se tenía previsto y calculado detenidamente, con el mejor deseo de atender á la comodidad de todas las personas concurrentes al acto, como acontece en casos análogos, todas las previsiones son ineficaces ante la apinada multitud que á modo de oleaje todo lo inundaba; así sucedió el domingo, pues sin embargo de haber nombrado el R. P. Prior del convento una comisión numerosa para colocar en sus puestos respectivos á

las señoras y caballeros llena la Iglesia de fieles ávidos de presenciar el pocas veces visto ejercicio, no fué posible arreglar en la forma prefijada á las muchísimas personas que asistieron á la ceremonia.

No es posible reseñarlo todo sin pecar de difusos, así que vamos á dar idea de los hechos más culminantes del imponentísimo acto que tuvo lugar antes de ayer.

Revestidos los pastores de la Iglesia con los ornamentos sagrados y brillantes distintivos de su elevada gerarquía, el prelado asistente más antiguo vuelto hacia el prelado consagrante le dijo: Reverendísimo: pide la Santa Madre Iglesia que elevéis al episcopado el presbiterio que aquí está presente: á cuya indicación contestó el Reverendísimo: ¿Teneis mandato apostólico? Teneis; inmediatamente ordenó el Consagrante que se leyese, y uno de los notarios eclesiásticos leyó ante los circunstantes las Bulas Pontificias en virtud de las que se nombraba Obispo de Jaro al señor Arrué. Seguidamente tuvo lugar otro acto asaz serio é imponente; nos referimos al sagrado juramento que debe prestar el electo antes de procederse á lo demás. El Ilmo. Señor Arrué se levantó con edificante gravedad y modestia, púsose de rodillas delante del Consagrante y con voz clara, inteligible y sonora hizo el juramento prescrito. ¡Acto imponente por cierto que impresionó muchísimo á los circunstantes! Allí era de ver al nuevo Prelado en medio de los Reverendísimos Obispos y del numeroso concurso que en silencio sepulcral escuchaba la lectura del sagrado juramento por el que el electo prometía fidelidad y obediencia á la Santa Sede y al vicario de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Cuán cierto es que en nuestra religión sacrosanta todo es sublime, grande y embelesador!

Terminado el juramento, se practicaron otras ceremonias que todas ellas están llenas de simbólicas significaciones. Continuemos.

A la emisión del juramento siguió la profesión de Fé que el electo debe hacer, acto no menos imponente que el anterior y por el cual la Iglesia nuestra madre, fidelísima en conservar el depósito sagrado, trasmite de siglo en siglo sus verdades infalibles y salvadoras. Después de la ceremonia mencionada, el electo se acercó al Prelado consagrante y en actitud humilde besóle la mano reverentemente.

Previos los actos precedentes se dá principio á la misa, el consagrante en el altar mayor, y el electo en otro altar improvisado. Como de ordinario se prosigue celebrando el Santo Sacrificio hasta que llegan algunos intermedios, que se emplean en ciertas ceremonias de ritual, y la Iglesia nuestra cariñosa madre, con el objeto de atraer sobre el electo las bendiciones celestiales, manda que se canten las Letanias mayores como para interesar á los Santos y á la Reina de todos ellos la augusta madre de Dios, en favor del nuevo Pastor.

Todo es conmovedor en este acto sublime, empero llama grandemente la atención una ceremonia que brevemente vamos á notar.

El Prelado consagrante tomó el libro sagrado de los Evangelios, y ayudado de los asistentes colocó sobre la cerviz y espaldas del electo, el cual permanece en esa actitud hasta que se dá fin á una serie de ceremonias: imponen las manos los Prelados sobre la cabeza del consagrado y recitando misteriosas palabras demandan del Espíritu Santo la virtud copiosa de la gracia sacerdotil. Cíñele la cabeza con una tohalla blanquísima y se invoca al divino paráculo entonando el consagrante el Himno «*Veni Sancte Spiritus*» el cual fué cantado y ejecutado admirablemente por una nutrida orquesta. En el interin se unge la cabeza del electo con el Sacro Crisma, recitando los Salmos apropiados al acto. Cíñele al cuello otra blanquísima tohalla y ungidas las manos ántes de las yemas de los dedos de la tohalla puesta al cuello y colocado entre los dedos el báculo pastoral:

seguidamente pónese el consagrante el anillo en el dedo anular, le entrega el libro de los Evangelios y termina este acto sublime con el ósculo de paz del consagrante al consagrado.

Omitidas en esta reseña otras ceremonias secundarias, diremos que simultáneamente consagran los dos y también reciben el adorable Sacramento dando participación el celebrante al nuevo Prelado.

Al finar la misa, coloca el consagrante la Mitra sobre la cabeza del electo, vístelo los guantes y comiézase á cantar el *Te Deum* para dar gracias al Altísimo. Este es uno de los actos más conmovedores: Mientras la numerosa orquesta con sus armoniosos acordes y un coro de nutridas voces cantó el himno admirable compuesto por el Serafín Agustino y el Santísimo Ambrosio, el nuevo Prelado vestido con los ornamentos episcopales, recorre la iglesia desde el presbiterio hasta la puerta de entrada. Interesante y muy respetable figura aparecía antes de ayer el Ilmo. Sr. Arrué adornado con todas las insignias episcopales; su elevada estatura revestida de una humildad encantadora, su actitud grave y magestuosa, atraía las miradas de todos los circunstantes, muy principalmente cuando recorrió la iglesia al tenor del ritual; verdaderamente que la escena no podía ser más tierna á la par que grata. El nuevo Prelado, recibida la unción sagrada, ante las miradas de todos fijadas en él, dió una vuelta por la nave principal del templo, y á su paso todos se prosternaban para recibir la bendición del ungido del Señor! Quiera el Altísimo conservarnos muchos años al virtuoso, humilde y modestísimo religioso que ha llegado á la plenitud del sacerdocio, y las bendiciones que ha dado sobre la multitud que atenta, y silenciosa presenciaba el acto, se conviertan en rios de gracias divinas para que todos cumplamos fielmente nuestros destinos sobre la tierra.

Bosquejado á grandes líneas ó rasgos el acto primordial, cumplenos á fuer de exactos cronistas completar el cuadro con algunas pinceladas mal trazadas de otros detalles secundarios.

Como quiera que debe combinarse lo serio con lo alegre y honesto para que bien hermanado resulte el gusto y la belleza, con el fin de dar importancia y realce al acto de la consagración, desde la víspera lucía en el frontis de la Iglesia de PP. Recoletos una profusa iluminación, donde brillaban cinco mil luces próximamente entre farolitos de diversos colores, que presentaban al espectador una perspectiva mágica y encantadora. Indudablemente que ha presidido exquisito arte en la colocación de las luces y merecen un parabien los organizadores de esa copiosa iluminación.

Además contribuía á dar carácter á la iluminación indicando de antemano el objeto á que se la destinaba, los tres hermosos transparentes que se destacaban en medio y á los lados de la fachada: en el del centro ostentábase un gran cuadro que representaba la augusta persona de Su Santidad Leon XIII sentado en su régio trono; simpático á la vez que grave y respetuoso: á los lados había colocados dos cuadros que representaban el de la derecha al Ilustrísimo señor Obispo de Vigan, religioso Recoletó é hijo del mismo convento vestido con el traje correspondiente á su elevada gerarquía: y el de la izquierda representaba al Ilustrísimo señor Arrué hijo también de la misma religión. Sobre los transparentes habíase formado caprichosamente por medio de luces, las letras iniciales de los nombres y apellidos de los dos Obispos.

Para amenizar el acto, tanto el día de la consagración como el precedente, una orquesta compacta y numerosa dirigida por un maestro inteligente, ejecutó piezas escogidas y de efecto arrebatador para los que no oyen en la Madre Patria los aires nacionales.

El número de espectadores era muy considerable.

— 300 —

satisfactoriamente los asuntos relativos á vuestros apuros pecuniarios, y, si vuestros encarnizados acreedores os ven aparecer en París, será muy difícil, por no decir imposible, el obtener de ellos ciertas razonables concesiones que en la ignorancia en que están de vuestra actual situación se verán obligados á aceptar. Al hablaros de este modo, me guía solamente el interés que me inspiráis; el afecto que os profeso dicta mis palabras. No nos abandonéis. El alma y el cuerpo se regeneran con la vida del campo. Armaos de paciencia y procurad no aburrirlos demasiado en el castillo de Rahon hasta el día en que vuestra fortuna, en parte restaurada, y el matrimonio que os he prometido, os permitan recobrar una situación digna de vos. ¿Aceptáis?

Saint-Maixent no necesitó fingirse alegre, pues se hallaba en realidad lleno de júbilo. La generosa oferta del conde se adelantaba á sus deseos, asegurándole la realización de sus criminales esperanzas.

El marqués tomó entre las suyas las dos manos de su primo, y las apoyó contra su pecho balbuceando.

—No sé, en verdad, primo mío, cómo expresaros la gratitud de que está henchido mi corazón. Acabáis de llenar mi mayor deseo al proponerme una cosa que yo no me atreva á pedir. Quedarme á vuestro lado es mi única ambición. Se ha operado en mí un cambio radical; ahora conozco que la felicidad está aquí y no donde yo la buscaba.

—¡Loado sea Dios!—exclamó el conde,

— 301 —

cuyo hermoso y simpático semblante se dilató de alegría. —¡Loado sea Dios, puesto que su inagotable bondad me sigue colmando de favores! Vuestra contestación me prueba que la conversión ha sido completa. Sois digno del apellido que lleváis, os daré la mayor prueba de estimación que puedo otorgar, nombrandoos padrino de mi hijo.

Pasaron algunas semanas. Las esperanzas del marqués de Saint-Maixent y de Olimpia se desvanecieron poco á poco.

La condesa llevaba efectivamente en su seno una criatura: su talle fino y elegante empezaba á perder su flexibilidad; sus facciones ofrecían esa huella de languidez que tanto embellece el rostro de la que va á ser madre. Era preciso rendirse á la evidencia.

Las entrevistas del marqués con la señora de Chavigny, si bien menos frecuentes que cuando se encontraban solos en el castillo, tenían lugar, sin embargo, dos ó tres veces por semana en el pabellón.

Saint-Maixent proseguía su obra de corrupción, destruyendo en Olimpia toda creencia religiosa.

Su alma débil se modeló como cera á gusto de Saint-Maixent.

Cuando ya no creyó en Dios, la joven se atrevió á mirar el crimen frente á frente, y el crimen no le causó ni miedo ni repugnancia.

—¡Y pensar que un susto cualquiera bastaría para matar esa maldita criatura en el seno de su madre!—exclamó Olimpia un día, en el momento de separarse

— 304 —

puso el marqués, que echó á andar cojeando.

Razon tuvo en dudar, pues, terminada la comida, resultó que el dolor se había aumentado, y que el único modo de poder soportarlo era permanecer en una inmovilidad absoluta.

—Mis amables primas me permitirán que les haga hoy compañía—dijo el marqués, dirigiéndose á la condesa y á la bella Olimpia;—y mientras galopáis por esos caminos—añadió volviéndose hacia el conde,—nos entretendremos en hablar de vos, con lo cual vuestra ausencia nos parecerá menos larga.

El cielo estaba radiante. Un sol magnífico inundaba de luz la campiña y hacía brillar, como si fuesen de oro, las hojas secas y amarillentas que empezaban á desprenderse de los arboles con los primeros frios del invierno.

El señor de Rahon se mudó de traje y apareció en la plaza exterior del castillo, seguido de un solo criado.

Montaba el caballo árabe *Kebir*, que se levantaba de manos y saltaba dando fuertes resoplidos.

— 297 —

irresistible impulso, se arrojó en los brazos del marqués, balbuceando:

—¡Ah, primo mío! ¡qué feliz soy!  
—¿Creéis, acaso, que vuestra dicha no nos alcanza á nosotros?—repuso Saint-Maixent devolviéndole un apretado abrazo.—Todos participamos aquí de vuestra felicidad.

Entre tanto, la señora de Chavigny se había aproximado á la litera entreabierta y prodigaba á la condesa de Rahon los besos de Judas.

Los numerosos testigos de aquella escena de familia sentían correr por sus mejillas dulces lágrimas.

La litera siguió adelante: recitóse el saludo, presentáronse los ramos y los cordones; el Cupidillo con alas de papel dorado descendió de su elevado puesto con ayuda de una cuerda, y presentó graciosamente su corona. En fin, todo salió á pedir de boca. El conde y su esposa entraron bajo los más felices auspicios en aquella casa donde les esperaban las sombrías peripecias de uno de esos dramas cuya memoria se transmite de generación en generación como el recuerdo de una gran catástrofe.

Vamos á poner fin á ésta pobrísima crónica, haciendo constar que todo el acto hasta en sus mínimos detalles, revistió una brillantez extraordinaria, y además los numerosos invitados quedaron altamente complacidos del amable y fino trato de los Padres Recoletos, quienes a porfía se esmeraron por obsequiar á sus amigos, tanto mientras duró la función religiosa, como después de terminada; de modo que trascurrieron insensiblemente ciertas horas de placer-solaz, reinando entre todos los convidados una armonía y orden verdaderamente fraternales.

## EXTERIOR

LA NOVELA DE LA CUESTION DE ROMA.

Mucho se ha hablado estos días, y apenas ha dejado pasar uno la prensa extranjera, de la posibilidad de que las cortes del Vaticano y Quirinal llegaran á una inteligencia, cesando el estado de ruptura de relaciones en que hace tiempo viven.

La cuestión es tan interesante, abraza tantos intereses, que se comprende toda la atención que ha despertado. Y es que aparte de lo que la actual situación del Papado y de la Iglesia en Roma puede afectar al gobierno de Italia por la existencia constante de un punto difícil en su política que hábilmente manejado por cualquier potencia enemiga suya se trocaría en plantel de conflictos para el gobierno italiano, todo lo que se refiere al Papa y á la situación de la Iglesia interesa por necesidad á todo el mundo católico.

Estos rumores de avenencia, esos propósitos de acuerdo entre el Quirinal y el Vaticano, que con tanta insistencia circulan, han sido al cabo desmentidos de una manera oficial por la Santa Sede.

¿Cuál ha sido su origen? *Il Secolo*, de Milán, que es uno de los periódicos italianos mejor informados, si no el mejor informado, no sólo de las cuestiones interiores, sino también de las europeas, ha descubierto la incógnita de estas noticias con la publicación de una interesante carta de Berlín, en que se da gran número de pormenores respecto á las fases que ha seguido la intercedida negociación para reconciliar al gobierno de Italia con el Papa.

Segun dicha carta asegura, parece que visto el estado de tirantez en que vivían el Vaticano y el Quirinal, alguien, atendiendo á la necesidad de poner término á un orden de cosas que no debe ser permanente, pensó en la posibilidad de una inteligencia entre ambas cortes, y Alemania se encargó de llevar sus gestiones cerca del Quirinal y Austria cerca del Vaticano.

Los primeros pasos dados en este camino han sido infructuosos. El Papa se negaba abiertamente á entenderse de ninguna manera con el sucesor de Víctor Manuel y su gobierno. Se hicieron nuevas gestiones, y ya fueron oídas. Sin aceptarlas ni suscribir nada que pudiera entenderse ó considerarse compromiso alguno, el Vaticano dejó entrever la posibilidad de que se hallase alguna fórmula de avenencia, siempre que se partiera de la base de que el rey y el gobierno de Italia abandonasen á Roma y trasladasen la capitalidad de Italia á otra ciudad.

Se designó á Nápoles como futura corte de Italia, no sólo por ser una de las capitales más importantes y populosas, sino porque, atendidas sus condiciones de ser puerto de mar situado en el Mediterráneo, podrá servir perfectamente de base á los deseos que persigue hace tiempo Italia de convertirse en potencia marítima de primer orden.

No se sabe el proceso que ha tenido esta propuesta; pero si es seguro que el gobierno de Italia no la vio ó aparentó no verla con malos ojos; y así se explican los continuos viajes hechos en estos últimos tiempos por la familia real de Italia á Nápoles para adquirir popularidad en este punto, y las grandes obras de saneamiento emprendidas en dicha capital, que era dable considerarlas como base del proyecto de elevarla al rango que ya ha tenido de capital.

Hasta aquí llegan las noticias positivas de la carta de Berlín á que nos referimos: después estas noticias se truecan en negativas.

Sea que no hubiera completa sinceridad en la aceptación de la propuesta; sea que se propusieran ir ganando tiempo para llegar á condiciones más positivas y sacar mayores ventajas por cesiones mutuas; sea, por último, que sin ánimo de aceptar nada sólo se pretendiera no desairar á las potencias mediadoras, las gestiones de los mediadores

fracasaron y no se volvió á tratar el asunto.

La *Gazzeta d'Italia* se ocupa también, no directamente de este asunto, sino de los temperamentos de concordia que animan al actual Pontífice para con las diversas naciones hoy separadas de la Santa Sede, haciendo entrever la posibilidad de que, merced á la manera hábil con que en el Colegio de Cardenales y en los centros romanos procura el Pontífice Leon XIII contrabalancear las influencias integristas, se llegue en no muy lejanos tiempos á una concordia que ansian todos los católicos entre la Iglesia y las naciones de Europa, hermanando á la vez los derechos de la Iglesia y los del Estado.

DESDE BIARRITZ.

Biarritz, 11 julio 85.

Como sucede todos los años, tarda bastante en animarse esta antigua residencia favorita de la emperatriz Eugenia, y que hoy es el *rendez vous* necesario de todos los españoles que creen pertenecer al *high life*, y digo esto porque en Inglaterra esta frase solo se usa para expresar la más pura aristocracia, mientras que en nuestra patria la usan los revisteros para todas las personas que reunen á su mesa algunos amigos, ó que dan fiestas, y por último, á cuantas personas viajan por el extranjero.

Pero esta desanimación relativa no obedece á falta de familias españolas, pues aquí hay muchas de las más amigas de divertirse. El origen hay que buscarlo en la dificultad en que se encuentran los extranjeros de rendir culto al rey de Biarritz, *el juego*. La partida aún no ha comenzado en el Casino, y se discute largamente si llegará á juzgarse durante la temporada, pues hoy se han de ocupar de este asunto el alcalde de Biarritz y el subprefecto de Bayona, que parece vería con gusto que se dejara de jugar por completo, como han anunciado las autoridades de San Sebastián que pasará en la capital de Guipúzcoa.

Yo, sin embargo, creo que aquí pasará como todos los años, y que tan pronto como lleguen los *primos* de siempre, comenzará el *desplume* de los mismos, con lo cual ganaran casineros, usureros, etc., etc.

Buena prueba de que no faltan madrileños conocidos, es que todos los días vamos en el clásico paseo á Bayona á las duquesas de la Torre, Plasencia, Pastrana, Tamames; á las marquesas de la Romana, Ayerbe, Lombay, Badmar, Villamayor, Lirios y Castrillo; á las condesas de Maerrijas, Lombillo, Castillejo de Guzman, Amarante, Santovena, Casa Montalvo, Atarés, Xiquena, Casa Sedano; señoras de Ruiz, Arizcan, Biscaran, Amezaga, Leon y Castillo, Sedano, Minores y otras muchas.

Estas señoras llenaron anoche el Casino, que por primera vez abría las puertas á la colonia veraniega, y en el salón resonaron las notas de los walses de Strauss, Waldtauffel y de Oliver Metra. Como los años anteriores, se fijaron dos días de moda en la semana para asistir al Casino y las demás noches seguirán siendo alternativamente puntos de reunión las casas de la hermosa señora de Arizcan, de la marquesa de la Romana y de la condesa de Xiquena. En todas estas tertulias se comenta el cólera de Madrid, y es tal el terror que le tienen esas fugitivas familias, que desearían se cerrase la frontera francesa á cuantas personas han permanecido después de su salida en la corte de España.

Pero ni por eso se establecerán cordones, continuando solamente las visitas sanitarias en Hendaya, que comienza á ser algo severa, pues ayer se obligó á guardar tres días de cuarentena á un pobre tísico que pasaba por Panticosa, y el cual, a pesar de justificar que su dolencia no tenía nada de parecido con la epidemia del Ganges, es el caso que continuará dos días más en el lazareto, con gran perjuicio para su salud. En cuanto á la presentación de la cédula de vecindad ó pasaporte en Hendaya es un requisito indispensable que no perdona el médico encargado de la dirección de la visita. Estas observaciones las hago en obsequio de los que vienen á Francia.

De las diversiones del Casino pasó al cólera, y como aquí la salud es, gracias á Dios, excelente, dejó de tratar de la enfermedad temida para continuar dando á conocer á los lectores de *EL IMPARCIAL* el género de vida que aquí se sigue.

Los ingleses habían importado un juego llamado *Lawn Tennis* para emplear las tardes del invierno; pero como los españoles

no suelen invernar en Biarritz, ocupan las del estío en este juego, utilizando para ello espléndidos campos convenientemente preparados en los jardines de las villas del duque de Tamames y de la marquesa de la Romana. En el de la Villa Ruiz y otras se da preferencia al *croquet*.

De política nada, pero nada. Ayer llegó el general Lopez Dominguez, y hoy conferenciará con su ilustre tío el general Serrano, que se encuentra gozando de muy buena salud. El duque de la Torre aprueba el último discurso del general Lopez Dominguez, así como la conducta de la izquierda.

Hasta muy pronto.—*Filidor*.

SALUD Y AGUA.

Bajo el verde cenador que forma la parra, se reunían todas las noches los mozos y mozas del contorno, atraídos por el sonido de la guitarra. Allí, á la débil claridad de un candil suspendido de un clavo en el quicio de la puerta, ó alumbrados por los rayos de la luna que se reflejaban en la vecina acéquia, los moradores de la huerta, después del trabajo del día, se preparaban al descanso bailando seguidillas ó agitándose al compás de las cadenciosas notas de las *parrandas*. ¡Qué de proyectos acariaciados por las parejas que en la penumbra se hablaban en voz baja! ¡Qué lucha tan expansiva la de aquellos seres, que no necesitaban en sus fiestas más que los acordes melancólicos de una vihuela y el trasparente líquido contenido en las blancas jarras de barro de Espinaldo, colgadas al fresco en los palos del parral! ¡Y qué concierto tan admirable formaban el vago y misterioso rumor de los campos, combinado con los cantares del labrador, el chocar de las *postizas* ó castañuelas de las *zagalas*, que así llaman en la huerta de Murcia á las muchachas de menos de 20 años, y el eco lejano de otros bailes!

Hoy... en las casitas de los huertanos no se oyen canciones; apenas si se escuchan lamentos. Los campos están desiertos, las faenas agrícolas interrumpidas. El silencio de la noche solo es turbado por el sonido de la campanilla del carro de los muertos: la fosa que reclama su presa. Los trenes no circulan, y no ensordece el espacio la respiración fatigosa de la locomotora arrastrando el pesado convoy.

En otros tiempos, siempre que la Virgen de la Fuensanta dejaba su santuario, la población acudía á recibirla y á dirigirla una plegaria antes de que ocupara el suntuoso camarín de la Catedral. Hacendados, menestrales, hombres y mujeres, chicos y grandes, se agregaban á la comitiva de canónigos y beneficiados, músicos y cantores que escoltaban á la Patrona de Murcia. El pueblo cortaba las cañas más gallardas que crecían en las márgenes de los arbes y se mezclaban entre la concurrencia, agitando las verdes lanzas y gritando: «*Virgen de la Fuensanta, salud y agua*».

También en las presentes circunstancias, la Virgen ha sido sacada de su retiro, é inmensa muchedumbre la ha aclamado desde Ajezars á la capital. Pero los suplicantes labios solo decían *salud*. No pedían *agua*.

¡Aguil! En la impetuosa corriente del Segura perecieron no há muchos cientos de habitantes de aquella zona agrícola. El río, al desviarse de su cauce natural en la presa de la Contrapada, ha llevado ahora á las acéquias de Zaráiche y de Carabija, al Azarbe, Mayar y hasta al más insignificante canalillo los gérmenes de la enfermedad que diezma á los murcianos: lo que antes se desmandaba con anhelosa impaciencia como veneno de riqueza, se ha convertido en manantial fecundo de muerte.

Los hombres dedicados al estudio de la marcha de la humanidad, atribuyen las calamidades que azotan al mundo á las causas morales, y muchos cristianos á la Providencia Divina. ¿Quiénes tendrán razón?

Mas en el vergel murciano, donde hace poco moraban la dicha y bienestar suave y tranquilo, no había crímenes que vengar ni faltas de fé en los que ven acercarse la muerte como creyentes fervorosos.

Las teorías de los pensadores no tienen, pues, aplicación en este caso. Solo la caridad práctica y laudable, puede aplicarse á los desgraciados riberoños del Tader, víctimas de causas puramente naturales ó elegidos por Dios para formar su ejército de mártires. Ni aún los consuelos que inventa la sabiduría de los mortales mitigan su desdicha.

«Todas las cosas humanas huyen y se desvanecen como humo, y ninguna parte

de nuestra vida es más frágil y quebradiza, ni mas sujeta á mudanza, que la que es de más gusto y contento. Y por tanto, los que se tienen por dichosos y felices, deben desear la muerte, porque en tan grande inconstancia y confusión, no hay cosa segura sino lo que ya pasó.» Este pensamiento, de un filósofo, ¿quién sería capaz de inculcarlo en el ánimo de los seres que no ha mucho gozaban dichosos de la libre existencia de los campos, al amparo de su limpia barraca, halagados por una ilusión, por una esperanza ó por la realización de un deseo?

Y es que las frases moralizadoras de los sábios, no se han hecho para consolar al pueblo en sus tribulaciones. Producen efecto y ni sirven de alivio en sus pesares al que tras elaboración trabajosa las dió á luz.

El verdadero consuelo de los moradores de la vega, sería poder gritar como en épocas normales, siguiendo antigua costumbre: «*Virgen de la Fuensanta, salud y agua*».

RICARDO HERRANZ.

Junio, 85.

## OFICIAL

### PARTE MILITAR.

*Servicio de la plaza para el día 1.º de Agosto 1885.*  
Parada, los cuerpos de la guarnición.—Vigilancia, los mismos.—Jefe de día, el teniente coronel don Federico Novella.

De imaginaria, el teniente coronel comandante don Angel Rodriguez.  
Hospitales provisionales, y paseo de enfermos, núm. 2.—Música en la Luneta, Artillería.  
De orden del Excmo. Sr. General Gobernador Militar, el coronel teniente coronel, Sargento mayor interino, José Prego.

### SECCION RELIGIOSA.

MARTES.—Stos. Donato, Honorato, Repósito y compañeros mrs. Constanancio y Victorio ob., tit. ab. confs.—Stas. Ana maltrona y Verona virgo.

MIÉRCOLES.—Stos. Antolin diác. Leonides, Filadelfo y comp., mrs. Esteban rey de Hungría, Justo y Elpidio obs. confs.—Stas. Máxima y Calixta mrs.

## VARIEDADES

### ¡NO ES EXTRAÑO!

Pedro Jimenez se iba á casar por fin con su prometida ya se habían tomado los dichos, corrido las amonestaciones y fijado el día de la boda.

El equipo de la novia estaba para concluirse; el padre del novio debía llegar en seguida para apadrinar el enlace; faltaban solo las firmas en el registro y las bendiciones en la iglesia.

Pedro era un muchacho moreno, alto, robusto, ni guapo ni feo, ni listo ni tonto, ni rico, ni pobre; un hombre medianía, pero muy capaz de hacer feliz á una mujer.

Quería á Clara con toda su alma, se lo había jurado en mil ocasiones y se lo iba á probar, casándose con ella. Clara también decía que le amaba desde que él la declaró su amor, hacia cuatro años, casi á la raíz de su llegada á la corte, á donde le mandó su padre para que se *hiciera hombre*, se lo había asegurado muchas veces. Todo marchaba perfectamente bien.

Pedro, su novia y su futura suegra frecuentaban una reunión. La niña tenía una hermosa voz de contralto y le gustaba ser aplaudida; además, allí se bailaba. A todas las muchachas les gustó mucho bailar, y no sé por qué, pero lo sospecho. Bailando se puede hablar sin que la mamá se entere; bailando se hacen muchas conquistas; bailando se pueden conceder ciertos favores sin ningún escrúpulo...

A Pedro no le gustaba mucho asistir á la reunión. Clara, rodeada por la nube de sus admiradores, no podía estar, como el quisiera, siempre á su lado, no podía consagrarle todas sus miradas; pero ¿cómo oponerse? ¡Se divertía ella tanto! Y después, que, como Clara decía, *yo bailo con todos y con ninguno*; y era verdad; sólo que aquel ninguno fué siempre Jimenez; que no sabía bailar.

La noche aquella le había prometido ser juiciosa. «No bailaré, le dijo, y él, tan confiado como de su buena índole era de esperar la acompañó muy satisfecho.»

Quizá pensaba ella ser fiel á sus promesas, y hasta empezó á cumplirlas sentándose á su lado; pero ¿cómo resistir á tanto y tanto adorador, que la pedía entre suspiros un vals ó una mazurca!

Clara bailó, y bailó mucho, á pesar del pobre Jimenez, á quien no se llevaron los diablos, sin duda por tenerlos todos dentro del pecho, torturándole el corazón.

Durante largo rato la siguió con la mirada en el torbellino de la danza; luego, temiendo que sus ojos denunciases la agitación de su alma, salió del salón y se dirigió á una piececita contigua, destinada durante las *soirées* ó sala de fumar.

Allí, á solas consigo mismo, arrojado sobre un diván, á un lado de la puerta, que casi le cubría con una de sus hojas, dió rienda suelta á su desesperación y á sus lágrimas. Lloraba, sí, lloraba porque quería á Clara, sobre todas las cosas, porque iba á depositar en ella su honor, porque iba á darle su nombre después de haberla dado su amor puro, y ella, que no debiera tener palabras ni sonrisas más que para él, rojo el semblante y palpitante el pecho por la agitación del vals, escuchaba sonriendo las frases de amor de otros, mientras él, el que tenía derecho á todo, allí solo devoraba los sufrimientos de su alma.

¿Y era aquella la mujer que había escogido para compañera cariñosa y madre de sus hijos? ¿La que iba á llevar al seno de su familia para que compartiera sus penas y sus alegrías? ¿Se burlaría de las unas y de las otras, porque no le amaba; si no, hubiera notado su salida del salón, hubiera ideado un pretexto para abandonar la pareja y buscarle, y después de haberle encontrado hubiese desvanecido sus penas y sus dudas con una sola palabra, porque como él la amaba, la hubiese creído.

Un ligero ruido que oyó le hizo creer que sus sueños se realizaban: sintió el crujir de la seda, creyó que le produciría el vestido de Clara; pero no se movió, temiendo desvanecer la ilusión aquella que le forjara su deseo.

Bien pronto se convenció de su engaño, eran dos los que habían entrado en la habitación, un hombre y una mujer. Sin duda una pareja feliz, como había soñado su mente formar con ella.

No le habían visto como él tampoco, lo veía. Tuvo miedo de que conociesen en sus mejillas las huellas de sus lágrimas y permaneció en silencio.

A su oído llegaban confusas las palabras de los recién llegados, que debían hablar de sus amores, porque á menudo mezclaban con la conversacion intervalos de silencio. Pedro temió que creyesen que les escuchaba si por acaso llegaban á verle, y se levantó para salir. El ruido que hizo denunció la presencia de un extraño á los dos que hablaban, y ellos también se precipitaron hacia la puerta, donde los tres se reunieron.

Allí, sin haber mirado, sin haberlos querido ver, Jimenez los vió. Eran Clara y uno de sus más ávidos admiradores.

Entonces sucedió lo que debía suceder; el novio se arrojó sobre el intruso y le abofeteó. Se armó un escándalo mayúsculo; Clara huyó, la orquesta desafinó horriblemente al enmudecer de pronto, las mujeres gritaron y los hombres se apresuraron á separar á los contendientes, pero el asunto no podía quedar así, la ofensa pedía sangre, y el señor Jimenez, que debía ser un caballero, no se podía excusar de acudir al campo del honor, adonde le citaba su rival con el carrillo hinchado.

Allí mismo se convinieron las condiciones de la pelea; amigos officiosos que parecen encontrarse siempre á punto para echar á perder las cuestiones, se encargaron de todo, y al día siguiente por la mañana Pedro y su adversario se vieron junto á las tapias de la Casa de Campo.

El duelo se había concertado á espada. Pedro no sabía de esgrima sino que existía; pero temeroso de poner en ridículo, se presentó con el pecho descubierto.

Á él le dieron un arma, le dijeron que la cruzase con la de su adversario, lo hizo, y en seguida rodó por el suelo atravesado de parte á parte.

De allí fué conducido á su casa; su padre debía llegar aquel mismo día; el heredero ofrecía pocas esperanzas; á las seis exhalaba el último suspiro; á las seis y media entraba el padre deseoso de abrazar á su hijo único. ¡Por poco no se vuelve loco de pesar!

Entretanto el matador, en un compartimiento de primera clase, caminaba hacia el extranjero saboreando un puro, más ufano que si hubiese salvado la patria con su heroísmo.

En cuanto á Clara, si lloró ó no á Pedro es cosa que ha quedado por averiguar, pues si ello fué cierto que sus ojos se humedecieron un tanto, aún no es punto ave-

— 208 —

— 203 —

— 202 —

— 200 —

árabes, llamados *Kebir Mesrou*, blancos los dos, y tan parecidos que era difícil distinguir al uno del otro.

El conde y el marqués solían montarlos. Enjazábaseles á estilo de Oriente, con bridas de seda púrpura y sillars de terciopelo granate traídas de Constantinopla. El vivo color de la seda y terciopelo sobre la nacarada blancura de los dos magníficos caballos producía un efecto admirable.

Cierta mañana, Saint-Maixent tuvo con Lázaro y Lactancio una misteriosa conferencia, y en seguida fué á reunirse con el conde, que se estaba paseando por el parque; hablaron de mil cosas indiferentes, volviendo juntos al castillo. El marqués se resbaló en la escalinata y cayó, quejándose al levantarse de un dolor muy vivo en una pierna.

—Voy á mandar á buscar un médico—dijo el conde.

—No hagáis tal!—repuso el marqués riendo;—el médico se burlaría de mí. Esto no es nada. Dos ó tres fricciones de cualquier cosa harán desaparecer todo dolor. Lo único que temo es que esta rídicula caída no me permita quizás montar á caballo esta tarde.

—Lo sentiré—dijo Anibal,—porque no me será posible quedarme en el castillo para hacerlos compañía. Necesito indispensablemente ir á visitar los trabajos de una granja, á tres leguas de aquí donde he dado cita á mis arquitectos. Pero es de esperar que vuestro dolor desaparezca de aquí á la tarde.

—Posible es, pero mucho lo dudo—re-

del marqués.—¡Ah! ¡qué no pudiera yo evocar fantasmas!

—Saint-Maixent no respondió, pero aquellas palabras quedaron perfectamente grabadas en su espíritu y le sugirieron una idea, que no tardó en poner en ejecución.

Desde la llegada del conde, los dos primeros habían vuelto á su costumbre de dar diariamente un paseo á caballo después de comer, cuando el tiempo lo permitía.

La condesa, que no abandonaba casi nunca su butaca, se asomaba con Olimpia al balcón monumental que dominaba el patio de honor, y desde allí asistía á la partida y retorno de los dos caballeros, á quienes saludaba con su pañuelo tan pronto como aparecían por la gran alameda de castaños.

Anibal, excelente ginete y muy dado á ejercicios de equitación, encontraba gran placer en montar caballos fogosos; los manejaba con tanta gracia y destreza, que no parecía existir para él ningún peligro.

Pero la señora de Rahon, que se había vuelto en extremo impresionable desde que se hallaba en cinta, sentía una vaga inquietud cuando veía á su marido dirigir algún indómito corcel que se encabritaba y botaba tascando impaciente el freno. Suplicábale que no montase más que caballos dóciles! mas Anibal respondía sonriendo que todos los caballos eran dóciles cuando él los montaba.

Entre los más selectos de las caballerizas del castillo contábase dos sementales

crímenes, é infamias. Por fin, á fuerza de batallar, he conseguido mi objeto. La absolución del rey os purifica de toda mancha, como el agua del bautismo lava la culpa original. El porvenir os pertenece. Podéis empezar de nuevo vuestra vida, y yo os prometo mi ayuda para que no sea indigna del último vástago de una noble estirpe que tan de cerca me toca.

Saint-Maixent dió las gracias á su primo con la más apasionada y, al parecer, sincera gratitud llegando, hasta verter algunas lágrimas, mudo pero elocuente testimonio de la profunda emoción y reconocimiento sin límites que sentía.

—Ahora, primer mío—prosiguió Anibal,—¿me permitis que os dé un consejo?

—Me consideraré dichoso en escucharlo y en seguirlo religiosamente.

—Sois libre; el mundo se abre ante vos, mañana mismo podéis, si os place, volver á París.

Saint-Maixent se estremeció ligeramente. ¿Pensaría su primo insinuarle, en términos corteses, que no debía abusar más tiempo de la hospitalidad del castillo de Rahon? Sus temores se disiparon muy pronto.

—Comprendo perfectamente—prosiguió el señor de Rahon—que un joven dotado de las brillantes cualidades que vos poseéis, y acostumbrado á obtener triunfos de todo género, debe encontrar muy monótona la vida de provincias. Sin embargo, si queréis escucharme, quedaos á nuestro lado algún tiempo más. Mi honrado procurador no ha podido terminar aún

XVIII.

Aquella misma noche el conde de Rahon tuvo una conversacion reservada con su primo el marqués, para darle cuenta del feliz resultado de sus gestiones cerca del rey, quien en un principio rehusó otorgar lo que se le pedía; pero, viéndose solicitado con ardor é insistencia, firmó por fin las patentes de remisión, por las cuales quedaba limpio y puro el pasado del marqués y libre de toda responsabilidad ante la justicia humana por grandes que fuesen los crímenes que hubiera cometido.

—He salido garante por vos, primo mío—dijo el conde al concluir,—he respondido con mi honor del vuestro. He jurado solemnemente que las acusaciones dirigidas contra vos eran calumniosas, y que un Saint-Maixent puede haber cometido faltas é imprudencias, pero nunca



